



APORTACIÓN PARA EL CURSO PSICOANÁLISIS SIN TAPUJOS

MARIA LIZCANO
19 de enero de 2013-01-19

En primer lugar me gustaría agradecer a los organizadores la iniciativa y el esfuerzo por sacar adelante un espacio como este: “Psicoanálisis sin tapujos”.

También expresar mi sorpresa al ver el número de inscritos con ánimo de pensar los conflictos de nuestra sociedad a la luz del sujeto del psicoanálisis que me parece ofrecer una mirada original y valiosa.

Agradecer también a los ponentes su empeño, su afán y su buen hacer por transmitir unos contenidos áridos y complejos, a la vez que expresar mi asombro por la paciencia renovada lunes a lunes por el público asistente.

Querría aportar mi contribución poniendo en común con vosotros lo que me sugieren las reflexiones hechas durante estos días.

A la luz de estas reflexiones, me he quedado pensando similitudes y puntos de conexión entre lo individual y lo colectivo, entre el espacio del sujeto y el espacio de lo común, buscando nexos de proximidad para pensar la política en su acepción más noble: como un proyecto común, como un proceso de emancipación colectiva.

Tenemos constancia de que la política actual no quiere que cambie nada, sino que pretende mantenerse en un statu quo ya adquirido.

Los políticos actuales, intentan hacernos creer que los poderes de este tiempo, son anónimos: la banca, el sistema financiero, los mercados, etc

Pero nosotros sabemos que tienen nombres y apellidos de sobra conocidos y a los que ellos están muy próximos.

Además pretenden transmitirnos que los gobiernos no son libres en sus elecciones, sino que las toman bajo presión de otras instancias superiores, siempre opacas. Nuestros políticos actuales son gerentes y ejecutivos de unos poderes pretendidamente anónimos, pero no son gestores de lo común.

En la actualidad se han borrado las fronteras entre los partidos políticos y hay una complicidad conservadora entre ellos para no tocar nada. El horizonte de la izquierda reformista ha dejado de ser el de reformar para pasar a intentar conservar al menos lo sustancial de lo que había.

Sólo cuando se sale del anonimato, como ocurre con los suicidios originados por los desahucios, pareciera que pudiera llegar algún cambio, pareciera...pero tampoco.

Pero no podemos caer en el derrotismo de pensar que resulta más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

El discurso que nos quieren imponer pasa por una narrativa de la certeza:

- “Esto es lo único que se puede hacer”. “No hay otra salida posible para esta crisis”. “Nosotros sabemos lo que hay que hacer, lo que será bueno para todos”.

Pretenden hacernos creer que saben por dónde van las cosas: y no es cierto, no quisieron enterarse en su momento, cuando lo propiciaron, y después no hacen nada para evitarlo, sino por consolidarlo.

Y además, pretenden repartir culpas: “es una crisis que hemos generado entre todos, de la que todos somos culpables”.

Muchos de estos datos nos pueden llevar a pensar que estamos en el ocaso de la democracia occidental tal y como la hemos conocido.

Como dice Badiou, “lo viejo está en estado terminal, aunque se resiste a caer”,

pero... algunos nos preguntamos...¿qué queremos construir en ese vacío?

En la sociedad occidental, el capitalismo en el que vivimos inmersos, trata de suturar ese vacío existencial, que nos constituye, por la vía de los objetos fingiendo que así será posible alcanzar la plena satisfacción. El psicoanálisis se plantea que los objetos de consumo son la envoltura de ese vacío imposible de colmar y que el capitalismo explota el deseo del sujeto, que está presidido por la insatisfacción.

Por eso, el mercado renueva constantemente una oferta que supuestamente nos garantiza el acceso a tenerlo todo. “Ellos” sí que saben qué tenemos que hacer para alcanzar la completud y cada uno de nosotros podemos recordar múltiples anuncios publicitarios que apuntan en esa dirección y que cuando uno tiene el oído un poco alerta producen risa o indignación:

- “Unos días tomas tu leche habitual y otros “vives hoy” de Pascual. Así no renuncias a NADA.
- “Si estudias con nosotros, NO TENDRÁS LÍMITES” asegura el anuncio de la UNED.

- La palma, en el registro(ranking) que yo he hecho, se la llevan los cursos de formación CEAC:
- “Y comprueba que así puedes conseguir TODO lo que te propongas”.
- “Ya no hay límites para hacer lo que quieras”.
- “Nunca es tarde para volver atrás”.

Todo, nada, ausencia de límites...son las ofertas con las que pretenden seducirnos desde una propuesta consumista.

Y yo me pregunto ¿es posible pensar alguna forma de sustracción a este capitalismo salvaje en el que vivimos inmersos?

En mi opinión, sí hay algunas vías de escape que nos permiten pensar al margen de esta sociedad de consumo y que intentan hacer algo con nuestro vacío ontológico.

De manera sucinta voy a proponer tres de ellas, que pasan por:

- el arte,
- el psicoanálisis,
- y la política
- y subyaciéndolas el amor y la creatividad, como hilos conductores.

Pienso que **las diversas manifestaciones artísticas** son propuestas creativas que nos ofrecen alternativas, nos brindan un saber hacer con eso desconocido que nos habita, que nos inquieta, nos angustia y que en tantas ocasiones se hace difícil de sobrellevar.

El cineasta Carlos Saura dijo en algún momento que él era consciente de que “había hecho películas para evitar matar”. Y fue una buena elección, mucho mejor que la de organizar una guerra.

Joyce, con la creación del Ulises, es uno de los ejemplos que retoma Lacan como exponente de un saber hacer con esa falta radical e insoportable.

Desde mi perspectiva, el psicoanálisis ofrece una mirada propia sobre la sociedad contemporánea. No se trata ahora de hablar desde la clínica, sino de extraer un pensamiento, una filosofía sobre la concepción del sujeto.

Y el psicoanálisis, propone otra manera de relacionarse con la falta constitutiva de la estructura del sujeto.

El psicoanálisis reintroduce la palabra y la subjetividad y promueve la búsqueda de nuevos recursos a título personal.

Nada hay más desalentador en la clínica del psicoanálisis que cuando pedimos a un sujeto: “habla de tu infancia” nos conteste algo así como: “pues normal, no sé, igual que la de cualquiera, mis padres normales, mi familia normal”...o cuando le proponemos hablar de su sexualidad nos responda: “Pues como todas, normal, qué quieres que te cuente”...

La pretensión del psicoanálisis es que el sujeto construya una narrativa subjetiva, un discurso propio que le provea de una singularidad.

El recorrido de un análisis consiste en tratar de buscar respuestas a las preguntas que se hace el sujeto sobre su sufrimiento. Si no hay preguntas, si no se abre un espacio a la interrogación y a la conjetura: esto que me pasa y que me hace sufrir, será por...no habrá posibilidad de sacar adelante la tarea.

Ahí radica , a mi entender, la creatividad del psicoanálisis. Pero se limita al uno por uno, al caso por caso.

Por otra parte, pienso que en un proceso emancipatorio colectivo, es imprescindible tener alguna referencia de cómo es la estructura del sujeto. Una de las referencias posibles, y desde luego que hay otras, es la psicoanalítica. Pero como este espacio nos brinda una posibilidad, que no es muy habitual, pues vamos a aprovecharla.

Y aquí surge el reto:

¿ cómo hacemos el pasaje de lo individual a lo colectivo?

El vacío por el que estamos constituidos, es como el agujero en torno al cual se va tejiendo la tela de araña. La estructura no puede formarse si no es en torno a ese agujero. Ahí se instalan la lengua , el deseo, el síntoma...y tantos conceptos enrevesados que con un gran tesón hemos ido viendo en nuestros encuentros de los lunes...

De forma muy condensada diré algo sobre la palabra, el deseo y el síntoma.

El sujeto repudia el vacío y tiende a engañarse, a negarlo....

- El psicoanálisis trata de hacer algo con ese vacío y para ello introduce la palabra como instrumento, pero además acepta los silencios, porque sabemos que también existe “lo imposible de ser dicho”. Sabemos que no se puede decir todo, que no hay palabras para decirlo todo, como se quejan algunas madres de adolescentes: “es que mi hijo antes me lo contaba todo... y ahora... ya no me lo cuenta...”

O como dice la publicidad de Movistar: “que nada de lo que quieres decir, se quede sin decir”.

El psicoanálisis también dice que el sujeto se construye en una renovada exploración de identificaciones y es una tarea que nunca se colma porque

hay una búsqueda constante del ser. El deseo tiene que ver con (“desiderium”), con la falta, con la desorientación y con la búsqueda. Es algo que surge, que te hace buscar. Si el deseo se pone en marcha es porque hay algo que procede del otro que nos llama, que nos convoca, que nos conmueve. Algo de la necesidad que se torna demanda y retorna como deseo. Y el sujeto del psicoanálisis llega a tener cierta fluidez con el manejo del deseo, aunque le enfrente a su soledad.

Cada uno sobrelleva su soledad radical como puede.

Pero también podemos tomar la soledad como un síntoma contemporáneo. Hoy día hay múltiples artificios, gadgets que nos permiten velar al otro y mantenernos en el solipsismo. Incluso las redes sociales nos permiten un tipo de relaciones con el atractivo de poder conectar o cortar con facilidad, sin la complejidad de los encuentros cara a cara.

El SÍNTOMA es la manera de gozar, singular de cada sujeto y da cuenta de lo que hace cada uno con su falta radical constitutiva.

Para salir de la soledad estructural de cada cual es necesario hacer un acto de valentía y pasar a incluir el amor.

Ya se hablaba estos días de ese extraño axioma lacaniano: “no hay relación sexual”. Pero lo que sí hay son encuentros y desencuentros entre las personas y es precisamente el amor el que puede venir a suplir esa falta de relación.

Por otra parte, la política, en su sentido más digno, tiene que ver con el cuidado del otro y aquí, a mi entender, surge un punto de conexión entre el amor y la política:

Ambos tienen que ver con el interés por el semejante, que paradójicamente es diferente.

Ambos requieren de un gran esfuerzo y de un compromiso personal.

Ambos, en su acepción más noble, tienen que ver con el cuidado del otro.

Ambos pueden implicar la demora de la satisfacción inmediata.

Ambos pueden asumir la diferencia y hacerla creativa y ahí incluyo la creatividad como un nexo común..

Comprometerse es dar, explorar, incluso arriesgarse a perder o a equivocarse. Experimentar implica fracasar y viceversa: fracasar conlleva experimentar.

Las leyes del mercado y de la ciencia se colocan en el lugar del otro, el otro que sabe, el amo, y no promueven el lazo social, sino que lo destruyen porque prefieren sujetos aislados, que son más fácilmente manipulables.

Un paradigma de esto es la peli de Buñuel “El angel exterminador”. Todos están juntos pero aislados, incapaces de buscar una salida común.

La sociedad de consumo puede vanagloriarse de unas cotas muy bajas de solidaridad, sin embargo surgen movimientos (el Prestige, el 11-M, contra los deshaucios) que nos permiten reconciliarnos con la especie humana. La revitalización de la contestación ciudadana, en cientos de ciudades de todo el mundo, nos dan elementos sólidos para pensar que aunque no se pueda derrocar el capitalismo financiero, no hemos renunciado a defendernos de sus abusos, que ponen en riesgo nuestra supervivencia como sociedad.

Decía Rosa Luxemburgo que “quien no se mueve, no se da cuenta de sus cadenas”. Y en eso estamos, en intentar movernos.

La marea verde o la marea blanca podemos tomarlas como actos de amor y a la vez políticos porque son maneras de buscar espacios comunes que propicien los encuentros, de compartir nuestros temores. Ahí hay un rechazo ético a la injusticia. Y en el rechazo ético a la injusticia hay un espacio amoroso. Son acontecimientos, como diría Badiou.

En los movimientos actuales hay un intento de horizontalidad, de recuperación de la iniciativa por la sociedad civil.

Ante el “tu o yo”, como alternativa, la única posibilidad es la violencia. Por eso la conveniencia de plantear la palabra como intermediario.

Habrá que inventar nuevos tipos de representación como las relaciones en red, los comités de ética. Hay que crear un saber que nos concierna, que nos interpele, lo cual produce cierto vértigo a la vez que resulta altamente estimulante.

Un domingo escribía Vicent que los resistentes actuales ya no vuelan trenes pero siguen haciendo sabotaje porque permanecen con la misma actitud heroica frente a cualquier invasión que trate de doblegarlos. Existen tipos admirables que no están dispuestos a claudicar frente a la adversidad y se enfrentan cada día a la miseria moral que intenta anularlos.

Cuando en el mayo francés propusieron a Bataille su intervención en política contestó que su posición en política consistía básicamente en tratar de “evitar lo peor” porque desconfiaba de las experiencias colectivas que tratan de aproximarnos a un líder, a un ideal, a una bandera, etc. Es decir, enrocarnos en una identidad.

Cuánta desconfianza nos genera en la clínica psicoanalítica el sujeto que llega diciendo de sí mismo: soy bipolar, soy anoréxica, soy víctima de maltrato...porque así como hablábamos de lo enriquecedor de las identificaciones, como un recorrido sin fin durante la vida de las personas, corremos el riesgo de acogernos a una identidad que siempre resulta

peligrosa porque petrifica al sujeto. Mantiene el apego a lo ya obtenido, creando la ilusión de que eso nos garantiza algo del ser y encubre la división del sujeto. La identidad nos hace conservadores y nos incapacita para enfrentarnos a lo nuevo, para soltar amarras y perder los referentes válidos hasta el momento. El estado es un generador de identidades y sabemos que cuanto más nos aproximemos a una “identidad pura” más nos acercaremos al fascismo.

Decíamos que el Estado es una fábrica identitaria pero a la vez es una maquinaria arrolladora de engullir inexistentes: los sin papeles, los marginados de la sanidad pública, los excluidos de la educación...

Pero lo cierto es que nos quedamos con múltiples preguntas:

¿es posible gobernar para todos?

¿qué hacemos con los excluidos?

¿cómo pasamos del acontecimiento a la organización?

¿son soslayables los liderazgos y cómo lo sustituimos?

¿cómo manejar los conflictos inevitables?

Además, si el sujeto está radicalmente solo, cómo pasamos a lo común, a lo colectivo?

Habrá que pensar un ordenamiento colectivo que contemple la división del sujeto y que soporte el vacío irreductible, sin atentar contra él ni tratar de borrarlo.

Como aquí no estamos en la tertulia con García Calvo me animo a proponeros la lectura de un texto de Jorge Alemán, “El porvenir del inconsciente” donde en términos totalmente poéticos, propone una sociedad imposible de conseguir:

- que sepa perder sin identificarse con lo perdido.
- donde quepa el dolor de existir pero no la explotación de la fuerza de trabajo.
- donde se pueda decir cualquier cosa, y también callar pero no en un silencio cobarde.
- que contemplara el ser extranjeros de sí mismos pero no el desarraigo de las multitudes.

Soy consciente de que esta reflexión está plagada de preguntas sin respuesta pero pienso que esto es lo emocionante del reto. Las respuestas habrá que ir las construyendo entre todos.

Juan Rulfo decía a los mexicanos “o nos salvamos todos juntos o nos hundimos por separado”.

Y yo pienso que es un lujo tener este espacio que nos brinda la posibilidad de reunirnos para pensar.

María Lizcano